

 Seix Barral

Cristina Cerrada

Europa





Seix Barral Biblioteca Breve

Cristina Cerrada
Europa

© Cristina Cerrada, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: abril de 2017
ISBN: 978-84-322-2989-3
Depósito legal: B. 6.198-2017
Composición: Gama, S. L.
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien
libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

EUROPA

La música de baile saldrá por el pequeño altavoz del transistor. Mientras Heda se balancee frente a la ventana, él la mirará. No habrá dejado de mirarla desde que llegó. No importará que la haya visto cada día. No importará que tenga los labios agrietados. Que no se peine. Que vaya sin maquillar. No apartará los ojos de ella cuando llegue. Él, probablemente, habrá pagado a la dueña de la pensión antes de subir. El hombre poderoso. El que la habrá comprado. El que pagará su salario y el de toda la familia. El hombre al que un día matará.

El cristal de la ventana, opacado en negro, le devolverá la silueta turbia de su propio cuerpo. Un cuerpo juvenil. Un cuerpo que él observará desde lejos, con prevención. Quizá con miedo.

Con deseo.

Eso la enardecerá las primeras veces. El deseo contenido en el temblor de su mentón. En las puntas de sus dedos aferrando la llave de la habitación. Su cárcel. La de los dos. El deseo traspasando sus pestañas, atravesando sus párpados, haciéndole mover los labios como si pronunciara una oración. A veces lo habrá visto mordérselos. Morder esos labios con los que no se atreverá a besarla la primera vez.

—Tal vez esa extraña forma que tienes de odiarme sea amor —lo oirá decir.

Sabrás que la está mirando. La mirará mientras ella mueve los hombros frente al cristal oscurecido, al ritmo de la melodíaailable. Aunque no podrá verlo, sentirá su deseo en la piel de los tobillos. En los muslos. En la espalda. En los pliegues de la nuca. En las comisuras de la boca.

Será en esos momentos cuando más desee matarlo.

—No. No es amor.

HEDA

En sus sueños, como en la peor de las certezas, es a veces empujada por el terror. Sueña que es un soldado. Es un soldado porque arrastra un uniforme sucio, del color verde de la Naturaleza, y porque en todas partes hay sólo verde y más verde quemado por el sol, y otros soldados ocultos, quizá cientos de ellos, miles de soldados verdes bajo el sol.

Sueña que atraviesa corriendo calles que han dejado de serlo, calles siniestras quemadas por el sol que casi parecen naturaleza rota, reventada: un bordillo que no es un bordillo, sino una roca, junto a más piedras duras, aristas, rotas; y jardines que no son jardines sino campos verdes que ahora revientan quizá bajo el sol, bajo los pies pesados.

Las balas silban. En ocasiones así, a lo largo de

las calles quemadas, de los jardines quemados, las casas que ha conocido parecen dadas la vuelta, vueltas del revés. No se puede entrar ni se puede salir, es peor que un desierto inhóspito, ardiente, quemado. Sólo puede seguir arrastrando los pesados pies a través de las calles verdes quemadas, de las casas vueltas del revés, mientras el sol sacude violentamente a los soldados ocultos tras los semáforos verdes, tras los bordillos agujereados de musgo, encima de las colinas que son ahora las casas vueltas del revés, y les arranca estrellas calientes, siseantes, blancas, que atraviesan el aire inconsciente rozando su uniforme. ¿Dónde están?

Pero aun así, está todavía viva, terriblemente, con una certeza brutal que no es verde, ni lo fue nunca, que no tiene nada de natural. Aún sus ojos no están viendo el rojo del semáforo herido, de la sandía abierta, podrida, bajo la mesa. Y esa certeza es peor que todo, que todo el verde y el rojo. En sus sueños, como en la peor de las certezas, a veces es un soldado que corre. Siempre corre, no hay opción. Nunca hay opción.

VANĚEK

Vaněek toma el autobús y se dirige a la fábrica. Tiene allí varias cosas que hacer, además de su trabajo diario como ayudante del capataz. Knopf sabe que llegará tarde; no le preocupa Knopf. A menudo lo hace. Ha bebido aguardiente y Knopf lo notará en su aliento. Pero él notará en el aliento de Knopf que ha bebido también. No les importa porque se conocen. Los dos son del mismo pueblo y han huido del mismo país. Los dos han huido de la guerra. Están allí simplemente esperando la siguiente muerte. La suya. Adornan las horas con alguna distracción. Infantil, en ocasiones, como arrancar las ropas a una chica o incendiar alguna cosa con un poco de keroseno en un bidón. Engrosar la capa de humus palpitante que es la muerte cotidiana con imágenes de televisión de

su país, de los tanques, de los bombardeos en las plazas, de las violaciones en los parques, en las afueras, de la ruina general del campo y la aniquilación económica.

Ahora se ríen porque viven aquí, en el país extranjero. Porque mueren aquí. Lejos. En otro país. Knopf y él se llevan bien. Han llegado a un arreglo: si Knopf no mata a Vanýek, Vanýek matará a Knopf.

Los dos saben eso.

LA LLEGADA

La primera vez que lo vio, Vanÿek le recordó al abuelo. Parecía un hombre de campo, viejo, aunque no lo era. Llevaba un uniforme. El ejército sólo llamaba a los jóvenes. Asustaba. Nunca ha recordado si el uniforme era de sus compatriotas o del invasor. El abuelo mataba animales a la entrada del bosque; se lo contó papá. Vanÿek, personas.

No volvió a ver a Vanÿek hasta el día que ella y su familia entraron en la ciudad. Llovía. Había pasado mucho tiempo. Años. Tal vez dos. Tal vez tres. El camino desde la estación lo habían hecho a pie, cada uno tirando de una maleta, papá de dos. Pamuk y ella mirándolo todo. Pamuk parecía asustado. Semejaba un cachorro de perro, con todo el pelo mojado y aplastado pegado a la piel. Primero habían recorrido

un kilómetro y medio de carretera polvorienta por una pequeña franja de arcén, para acceder a la ciudad desde el sur. Después se habían turnado para sujetar el paraguas por encima de los cuerpos y las cabezas de los demás, pero se habían mojado de todas formas.

Cuando llegaron empezaba a oscurecer. El sol aún no se había puesto, pero en las calles apenas quedaba luz y las farolas permanecían apagadas. Los perfiles de las casas aparecían borrosos, como el contorno de las calles, que estaban llenas de barro, un barro que se introducía en los comercios por las puertas abiertas de par en par. Madre quiso pararse a comprar algo para cenar, pero papá dijo que no, que los esperaban en la pensión, que algo les darían allí. Al día siguiente, Pamuk y él tenían que levantarse temprano para ir a trabajar.

—No quiero depender de unos extraños —respondió la madre, parada bajo el paraguas al lado de papá.

Papá la apretó contra sí y sonrió:

—No son extraños, mujer. Son compatriotas.

—Que vaya Heda —dijo la madre—. Pamuk, coge su maleta y que Heda vaya a esa tienda a comprar. Compra patatas y embutido. Y algo de leche, si hay.

—Pero Heda no sabe dónde queda la pensión —dijo papá.

Heda entregó la maleta a Pamuk.

—La encontraré.

Bajo unos soportales reconoció el cartel luminoso de la cadena de supermercados. La enorme hucha dorada. Corrió hacia ella, sorteando grupos de mujeres que caminaban del brazo. Dentro, el muchacho indio de la caja la miró. Nunca había visto un indio. Después, apartó la vista y reanudó su actividad.

Heda recorrió el pasillo. Reconocía los objetos, pero no los nombres. Los nombres no eran nada, agrupaciones de letras. Los pronunció, esperando que se produjese una señal. Pero nada ocurrió. Dio al cajero los paquetes. Él registró el precio en la máquina y le tendió a Heda una bolsa. Lo guardó todo por sí misma y se marchó.

La lluvia barría las calles. No como en su país. Pesada, cayendo sobre las cosas sin danza, sin poesía, sin vacilación. Era la hora de salida de la fábrica y docenas de trabajadores se precipitaban bajo la lluvia hacia la parada de autobús. Corrió a resguardarse en un soportal. Allí, un hombre fumaba mientras aguardaba que la lluvia amainase. Era Vanÿek.

Lo observó. Él la observó también, aunque no la reconoció. Permaneció allí parado hasta que su cigarrillo se consumió y entonces arrojó la colilla a la lluvia y avanzó golpeando las baldosas hacia ella. Heda se orinó encima. Vio otra vez el suelo y los pedazos

de fruta podrida y los jirones de papel. Y la pierna de Vanjkek contra su esternón.

Echó a correr. La plaza se había sumido en la oscuridad. Sólo el gran cartel de Marlboro permanecía iluminado bajo la marquesina. Se dirigió a un anciano que cruzaba la calle y le preguntó en su lengua por la pensión. Pero él la miró sin comprender y siguió andando. Corrió hacia la calle Mayor. Tenía las ropas mojadas, y los calcetines. Y los zapatos le resbalaban. Algunos trabajadores a los que sólo oyó pero no vio se rieron en voz alta desde el interior de algún bar. La calle Sylvester, allí estaba. Los números encima de los portales de las casas. ¿Cuál era el número de la pensión? Veintidós. Veinticuatro. Veintiséis. Treinta. Treinta y dos.

Empujó la puerta.

La zahúrda lóbrega como la boca húmeda de un dios menor la engulló.